



CUBACES TIERNOS EN ABRIL

JOSE FIGUERES FERRER

EDEL

CUBACES TIERNOS

EN ABRIL

José Figueres F.

v1.0 Editorial Electrónica- EDEL
<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

Este cuento se publicó por primera vez en "Excelsior de Costa Rica", el 6 de enero de 1975.

Con su argumento, la empresa de televisión "Canal 11" hizo una película que también tituló "Cubaces Tiernos en Abril", protagonizada por

Haydée de Lev

Alvaro Marengo

Luis Fernando Gómez

Yuyo Soto

Ana Poltronieri

Eugenio Arias

Guido Sáenz

Raúl Ríos

Rodrigo Durán

Fernando López

Bernal García

Miguel Callacci

Gerardo Arce

Gerardo Bejarano

Dinorah Carvajal

Kirsten Figueres y

Arturo Robles

Mariano Figueres

Rodolfo Araya

DIRECCIÓN Y REALIZACIÓN

Alonso Venegas

*Ni tan ignorante
que no escribiera
un cuento, ni tan
desconsiderado que
escribiese muchos.*

Baltasar Gracián

He notado que pocas personas se interesan en el tema de los cubaces tiernos en abril, fuera de tiempo, que para mí fue un descubrimiento científico. En cambio, todos me piden que les hable más y más sobre Eloisa, la viuda joven, virtuosa y dulce que suelo asociar en mis versos con la flor del cubá

Porque no le faltaba a Eloisa su ramillete colorado en el pecho, o su delicada guirnalda en el pelo, mientras duraba en el campo la época de los cubaces en flor.

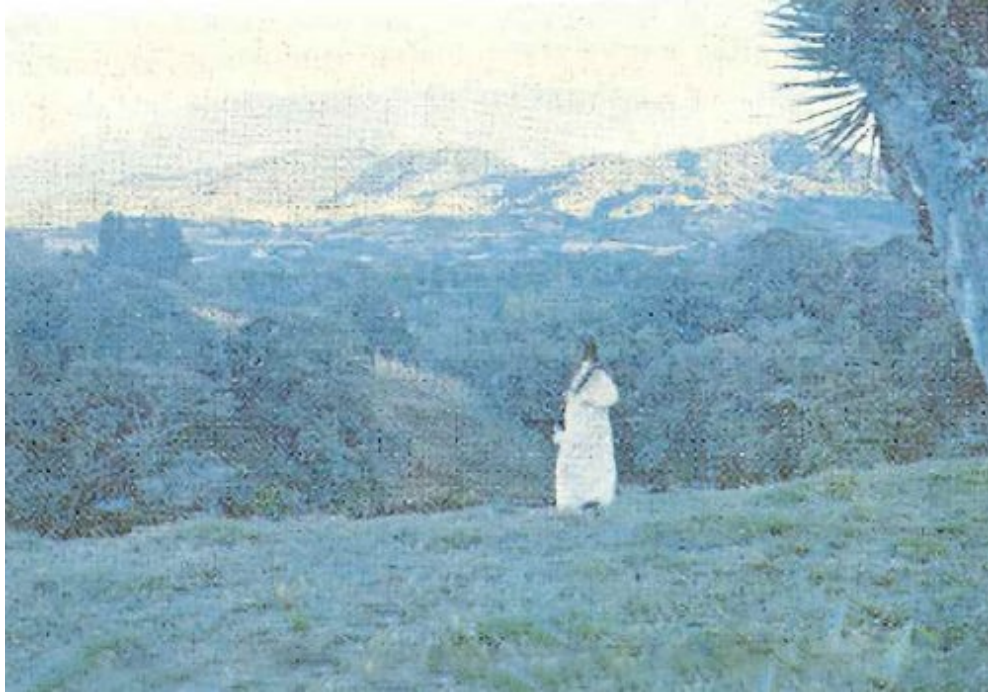
Todos quieren que les aclare el misterio de Eloisa, cuando yo no creo que hubiese misterio, Me piden que explique aquella extraña coincidencia. cuando yo sé que muchas coincidencias no se pueden explicar. porque simplemente suceden.

Yo me formé criterio desde el principio, y no lo he cambiado nunca. En mi opinión no hubo más que una casualidad inocente: dos personas hicieron un mismo experimento al mismo tiempo, sin que la una supiera de la otra. Poco común, pero cierto,

Poco común, pero a menudo repetido en la ciencia. Dos, tres y hasta más investigadores llegan a una misma conclusión, a un mismo descubrimiento, simultáneamente, sin haberse puesto de acuerdo. Hay ideas que, cuando su tiempo ha llegado, brotan a la vez en varias mentes.

La Teoría de la Circulación de la Sangre se les ocurrió separadamente a varios precursores en anatomía y fisiología, durante el siglo dieciséis. La Teoría de la Evolución Universal no es sólo de Darwin, sino de tres o cuatro sabios colosales de mitad del siglo diecinueve, y de otros anteriores.

Más importante aún para el momento. el caso de los cubaces verdes prematuros fue también una coincidencia feliz que nadie esperaba. Pero infortunadamente dio pie a la murmuración, tal vez por haber seres humanos de por medio Sobre todo por tratarse de Eloisa, cuya dulzura creaba un clima sentimental en todo cuanto cerca de ella se movía. y la consiguiente envidia.



Todos me piden que les hable sobre Eloisa.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Cuando se instaló el telégrafo en Frailes, yo fui nombrado telegrafista. Era joven. y desconocido aún en las letras. Pero mi mamá le había cosido a la esposa de don Cleto, antes de que fuera Presidente, y ella me recomendó.

Mi familia era de las más conocidas de Hatillo, que estaba a sólo una hora del centro de San José. más o menos. Viajábamos a pie, por supuesto, y en las tardes de lluvia pasábamos por dentro la Quebrada de María Aguilar.

Mi padre trabajó como artesano en la construcción del Teatro Nacional, y con ese orgullo murió durante las celebraciones del cambio de siglo. Dejó estampada su firma junto con las de otros héroes de aquella hazaña artística. en una tablita de cedro amargo que ocultaron entre cielo y piso. en un lugar secreto del edificio.

A mi madre le debo mi inclinación a la poesía. ¡Parece mentira. con lo inteligente y lo buena que era!

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

El pueblito de Frailes está montado sobre uno de los cerros de Tarrazú. a la mitad de la Ruta del Sur. o sea el viejo camino de carreta que bajaba por el centro del país como una columna vertebral. desde la Plaza González Víquez. en San José, por la Cuesta del Tablazo, montaña arriba y montaña abajo, hasta los valles acogedores de Tarrazú, Dota y Copey. Después seguía el trillo de a pie, hasta San Isidro de El General y más allá.

Mirando de Frailes al Norte. hacia la Capital. se ve el Alto del Tablazo por la espalda. Y mirando al Sur. hacia San Pablo y San Marcos, se ve el Cerro del Abejonal por el frente.



Nunca puedo hablar de Eloisa sin recordar aquel viejo Camino del Sur.

En las dos hondonadas que están a un lado y otro del pueblo, cada una a un par de kilómetros hacia abajo, corren paralelos los ríos Candelaria y Tarrazú.

¡Pobrecita la gente que no ha vivido en las tierras altas de Costa Rica, más arriba del café, donde cada invierno se cubren los montes y las milpas con las florecillas rojas de la mata del cubá payar; donde al goce estético del rocío sobre las hojas y las flores se suma la ilusión de la vendimia: la certeza de que pronto, en junio o en julio, se cocerán a calderas llenas los cuba ces tiernos!

Allí se respira de día una atmósfera purísima, y de noche se alcanza la luna con la mano; allí se alternan, sin que a nadie sorprenda, las brumas de Albión y los soles de Creta.

Mi querido maestro Brenes Mesén pensaba que yo escribiría allí, entre cerros y nubes, mis épicos cantos a lo Walt Whitman, o mis odas a la Atlántida perdida. Pero intervinieron, ¡ay!, la tierna Eloisa y los rojos ramilletes de los cubaces payares, y

compuse más bien, como es sabido, mis conocidas rimas bucólicas a lo Garcilaso de la Vega, que tanto gustaron a García Monge y al joven Rogelio Sotela .

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Nunca puedo hablar de Eloisa, ni de la casualidad en que se vio envuelta, que tanto parece interesar a la gente de hoy. sin recordar aquel viejo Camino del Sur.

En el tiempo en que llegué a Frailes, jovencito. la gente mayor se maravillaba todavía de que hubiese paso de carreta, ¡no se puede creer!, desde los confines del Copey hasta la pura Capital de la República.

Medio siglo emplearon los labriegos descalzos que empujaban hacia el Sur la frontera del territorio habitado, para abrir aquellos 70 kilómetros de trocha de carreta; a pico y pala, casi con las uñas. cuesta arriba y cuesta abajo, vuelta y vuelta, prefiriendo pasar por las crestas o filas' de las montañas, porque requieren menos excavación que las faldas laderasas; a veces ensanchando simplemente los correderos de las dantas y los cabros montañeses.



Ya ahora, los boyeros cruzaban el Río Tarrazú sin peligro por un puente de casi diez metros de largo.

Al principio, los pioneros se abrían paso a cuchillo por el bosque y el charral, y viajaban a pie con carga al hombro Después picaban un trillo, y los más pudientes pasaban ya a

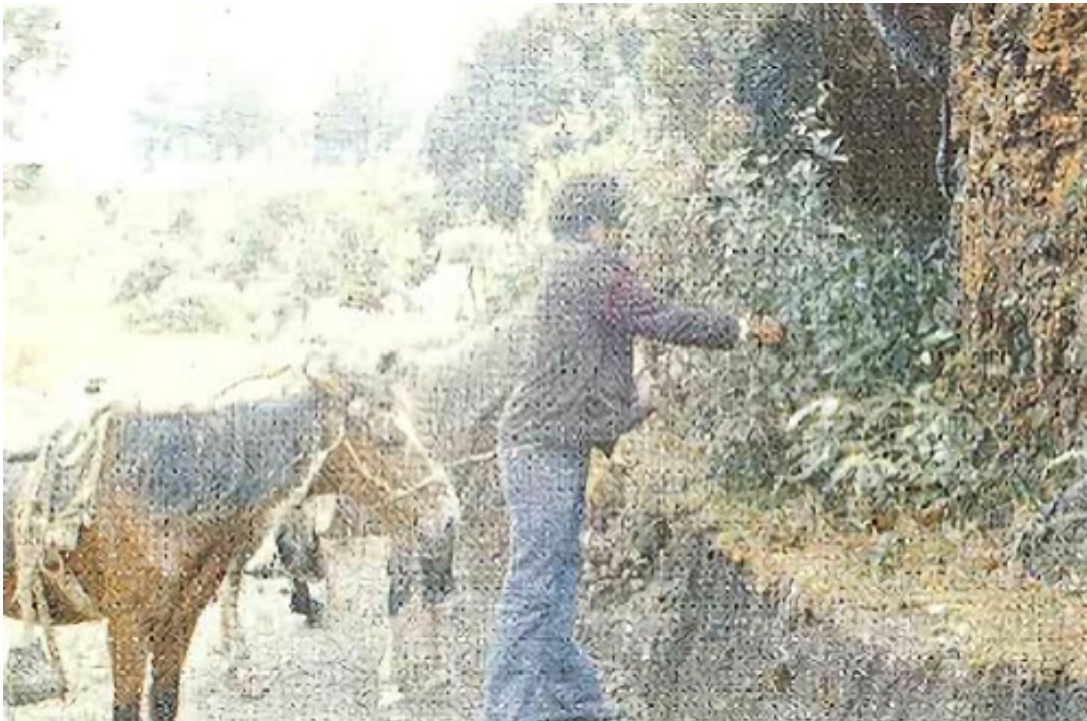
caballo, o al menos con bestia de carga.

Pero los muchachos de la nueva generación no habían visto aquellas dificultades, según se lamentaban los ancianos de la zona, cuando yo llegué. Disfrutaban ya de un buen camino de carreta hasta el puro pueblito del Copey, sin saber lo que había costado.

Ya ahora, sin peligro, los boyeros cruzaban el Rio Tarrazú por el puente de casi diez metros de largo que levantó la mano férrea del Presidente Iglesias en aquella remotidad, aprovechando una garganta de dos rocas verticales que casi estrangulaban al río Pocos recordaban aquellas correntadas de Octubre, que antes revolcaban a los bueyes con todo y carreta, y a veces con el boyero.

Los arrieros jóvenes parecían pensar que el puente había estado allí siempre, como si allí hubiera nacido. ¡El hombre se acostumbra pronto a lo bueno y no lo aprecia!, decían los mayores.

Al lado derecho del puente, yendo al Sur, estaba el Sesteo de Tarrazú, muy conocido; y a mano izquierda la tranquera de la finquita de Juan Campos, donde con el tiempo llegó a vivir la dulce Eloisa, y donde pronto las gentes la llamaron Eloisa la del Sesteo.



Los muchachos de ahora viven en un mundo sin dificultades. Ya sólo a caballo quieren viajar, y ni a cortarse el pelo acatan.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Ahora que hasta telégrafo había en Frailes, todo era fácil, cómodo y moderno, me decían los vecinos. Comenzando por el camino de carreta. En dos jornadas de verano se iban los boyeros de Plaza Víquez al Sesteo de Tarrazú, con una paradita para esperar la luna en Coralillo, donde Juana Leiva, y en dos días más estaban en Dota.

El viaje redondo duraba sólo 8 días en tiempo seco, y en invierno a lo más una quincena.

Una buena yunta de novillos (eso sí, con carreta algo liviana, ojalá número 2) jalaba hasta 12 quintales de 100 libras en verano, y en invierno llevaba 6 o 7 quintales, que no era poco en los resbaladeros. Por supuesto, en 'los reventones' los boyeros le metían el hombro a la carreta. porque no era justo dejar .todo el trabajo a los bueyes. Peor era arriar media docena de bestias de carga, con un quinta I y medio cada una. o llevar al hombro 75,6 100, 6 hasta 125 libras (que llamábamos 5 arrobas) de bastimentos.

En algunas partes el tráfico era intenso. En tiempos de Eloisa hubo vez de juntarse en el Sesteo de Tarrazú hasta 15 yuntas. Unas salían hacia la Capital con maíz, queso y cubaces amarillos secos, (los payares, como todo mundo sabe. se comen tiernos a medida que se cosechan); y otras venían de regreso con herramientas y trastes. ropa y alambre de púas, fósforos, jabón de fábrica y candelas buenas de parafina extranjera. Porque a los nietos de los recios pioneros gallegos se les había ablandado el carácter con el tiempo, y ya no po dían vivir en el monte sin todas esas comodidades modernas.

¡Bendito sea Dios!, decía el sacristán de Frailes, ya muy viejito. ¡Lo que hace un buen camino de carreta! Estos muchachos de ahora viven en otro mundo, sin dificultades. De eso es que se vuelven vagabundos, y ni a cortarse el pelo acatan. ¿No los ve como andan, todos mechudos, que parecen mujeres?

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Aquel Camino del Sur era la ruta romántica de los agentes de comercio, cuya época es toda una epopeya. También ellos viajaban ya fácilmente a caballo. con las alforjas repletas de muestrarios y con el barro hasta la panza de la bestia.

Con toda comodidad subían el Tablazo y bajaban a Corralillo y Candelaria visitando pulperías, y luego trepaban al alto de Frailes, que estaba a la mitad del camino de Dota. Dormían en la pulpería de Misael, en el piso de madera aserrada y seca, y al otro día

seguían, bien descansados, para San Pablo, San Marcos y Santa María. Algunos llegaban hasta el rincón del Copey.

La Ruta del Sur, me decían los agentes viajeros, era una gira comercial muy productiva. que se hacía con todo confort.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Un buen día, por aquel Camino del Sur pasó frente al Telégrafo de Frailes la joven Eloisa, desconocida, pasitrotando como una amazona, en una yegua melada. Venía en compañía de su madrina, que montaba una mula negra, muy mansa. Traían las maletas amarradas al aparejo de un caballo viejo, que entre las dos venían arriando.

A caballo el viaje era muy fácil, según los viejos de entonces. Por la tardecita del día anterior se vinieron de Santo Domingo de Heredia, para ir adelantando camino mientras rayaba la luna. Con las bestias descansadas, en sólo 3 horas, o poco más, pasaron por Tibás, cruzaron la Ciudad y llegaron a la caballeriza de los Güell, en la esquina de la Plaza Víquez. (Con el tráfico de ahora, ¡dudo que eso se haga en automóvil en 3 horas!).



Traían las maletas amarradas al aparejo de un caballo viejo que entre las dos venían arriando.

Durmieron tranquilas su buen rato en unas bancas de cedro sueleado que estaban a la entrada, y madrugaron a ensillar. A las 2 de la mañana, con clara luna menguante afuera, se pusieron al camino. Les amaneció en el Tablazo, por el Alto de Colpachí. ¡ Aunque

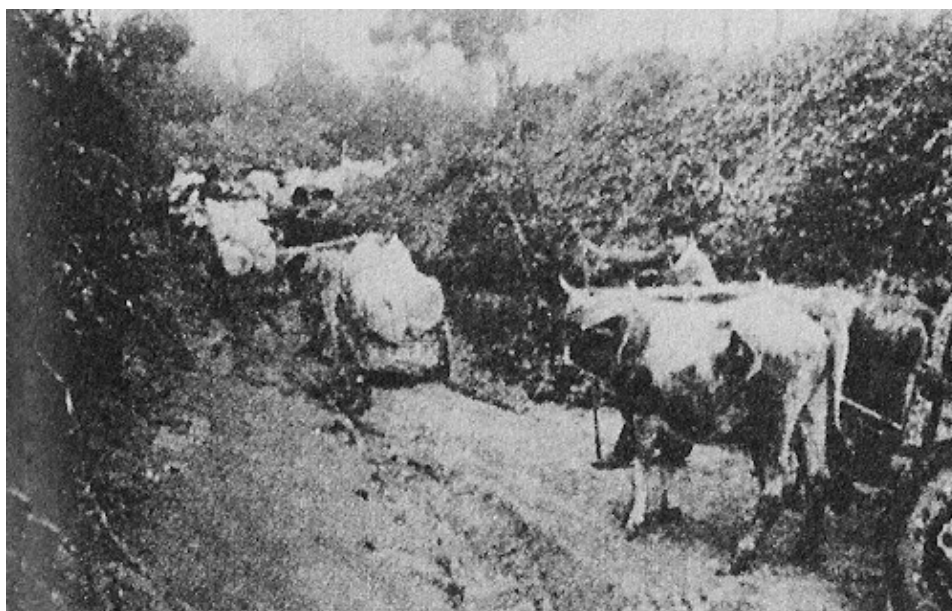
parezca increíble, poco antes de las 12 ya estaban en Frailes, en la pulpería de Misa el, comprando kolas y gatos!

Querían bajar la cuesta caracoleada del Río Tarrazú antes de que les lloviera, porque el camino era allí jabonoso, y el caballo de carga traía un casquillo flojo.

Iban hacia el Bajo de Tarrazú, dos kilómetros adentro de Frailes, donde estaba el famoso Sesteo junto al puente. Allí había una tranquera a la izquierda. casi tapada por varias cepas de itabo, y adentro estaba la casa de adobes que ocupó siempre Juan Campos mientras fue tarrazuceño.

Allí fue a parar Eloisa, con su pena y su ternura. Allí adquirió pronto el sobrenombre de Eloisa la del Sesteo. De allí salió la casualidad aquella, que tanto interesa aún a las gentes.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX



Desde Plaza Víquez hasta Copey la carga se manejaba cómodamente en carreta.

¡Cómo se arrepintieron sus padres de no haberle permitido aquel matrimonio! Fue un amor primaveral, de mañanita rosada, de adolescentes que leen novelas románticas a escondidas de su familia. Pero allá en Santo Domingo de Heredia, entre potreros de gengibrillo y cafetales de arábigo, aquel novio resultaba demasiado bachiller para la hija del gamonal acomodado, que no podía apreciar las inclinaciones literarias de su hija. Ambos eran muy jóvenes, decidió el padre, y ¡se acabó!

El muchacho siguió el guión de la película, como diríamos ahora. Se fue a Guatemala y se internó en el Seminario Mayor, ya su tiempo se ordenó sacerdote. Resultó ser estudioso, tan amante de las letras liberales como de su vocación religiosa.

El o ísa obedeció a su padre, sacrificando su afecto y su afición a la cultura, y pronto se encontró casada con un muchacho de trabajo, buen agricultor y buen jinete, que le aseguraba un porvenir abundante.

Pero tampoco la dicha hogareña duró mucho. Vino la Tragedia del Puente del Río Virilla, y el cuerpo del joven esposo fue encontrado, apenas reconocible, entre los doscientos o trescientos peregrinos devotos de la Virgen de los Angeles que cayeron al abismo en cuatro carros del tren descarrilado.

Los cables llevaron al mundo la noticia del desastre. Uno de los mensajes. por su intención tranquilizadora, revelaba toda una actitud, todo un tipo de sociedad: los muertos eran casi todos campesinos, decía. ¡ Sólo faltó decir afortunadamente!

No le quedó a la viuda ni la esperanza de un hijo póstumo, ni nada por qué vivir. Sentía con rubor, y a veces con horror, que sus sentimientos se dirigían a Guatemala.

Desesperada, cuando Juan Campos salió de compras a la Meseta Central y contó en Santo Domingo que deseaba vender su finquita junto al Sesteo de Tarrazú, Eloisa, que había pasado allí un verano cuando niña, se impuso por prime-

7

ra vez a su familia. Se le antojó vivir sola con su madrina en aquella casona de adobes con trapiche de hierro, en la estrechura donde sólo el río impide que se toquen por el pie los cerros de Frailes y el Abejonal. Allí llegó con sus libros semiprohibidos y con su madrina semi-sordita. Allí pensó borrar de su mente los pensamientos reprimidos que se dirigían a Guatemala. Allí se convirtió pronto en Eloisa la del Sesteo, y allí fue víctima de las murmuraciones, por una simple coincidencia.

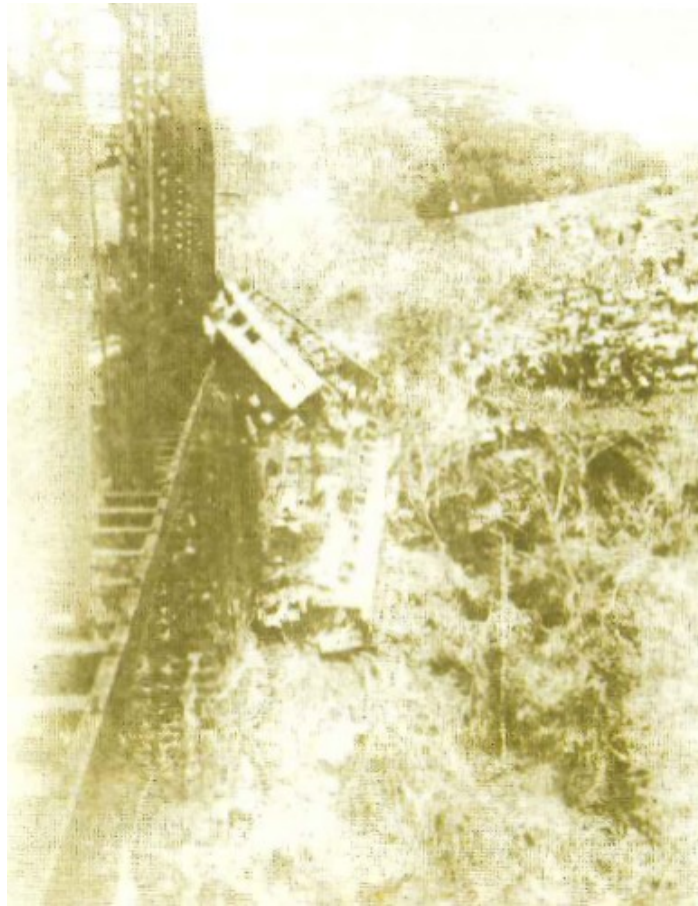


Foto auténtica de la tragedia del Virilla. 17 de marzo de 1926.



Foto auténtica de la tragedia del Virilla. 17 de marzo de 1926.



Foto auténtica de la tragedia del Virilla. 17 de marzo de 1926.



El joven esposo fue encontrado entre los doscientos peregrinos que cayeron en el puente del Virilla.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Quince kilómetros más allá del Río Tarrazú está San Marcos, que era el centro comercial de la región. Pero Eloisa nunca pasó del puente. Prefería subir a Frailes. hacia atrás, por estar cerquita, aunque el pueblo tuviera poco que ofrecer.

Al menos había misa todos los domingos. Por cierto que los vecinos vivían agradecidos con el Cura Párroco de San Marcos, porque nunca les faltaba. Venía puntual cada semana, a pesar de que el viaje a Frailes tardaba más de tres horas en invierno.

A media mañana llegaba el Padre Mata, todo embarrialado o empolvado, según la época del año. Venía con tres o cuatro acompañantes. Don Anselmo, bajito, descalzo y con polainas, era productor de café. Se jactaba de ser oriundo de San Ramón. Le gustaban las minas y las poesías, según decía, y tenía una hija maestra. El barbero, alto y con anteojos, no se le quedaba atrás. Decía ser nativo del centro de Heredia, y era buen improvisador. Además. remendaba zapatos, arreglaba relojes y afinaba guitarras; y hasta cantaba. Cantaba poco, pero mal.

El Alcalde provenía de buena familia mariense. No podía viajar todas las semanas a Frailes, por tener muchos expedientes que estudiar, según nos contaba. En sus charlas siempre encontraba ocasión para mostrarnos la carta de Don Carlos María, el ex-candidato a Presidente, en la cual le agradecía su valioso telegrama de adhesión.

Eloisa era piadosa, y no faltaba nunca a misa. Después pasaba al telégrafo. Por ella sabía yo cuando empezaban a florecer los cuba ces en el campo y en las milpas. ¡Con cuanta ternura de mujer sufrida colocaba un ramillete de flores rojas en un vaso sobre mi mesa, y se sentaba como un angelito a escuchar el tac-tac del aparato de Morse!

Pronto surgió entre nosotros dos gran amistad, y hasta confianza. Ella entraba a la cocina, y preparaba café para los dos. Y luego venían mis versos. Le gustaba que los recitara yo mismo, y con su mano blanca los copiaba en su cuaderno rayado, fingiendo no darse cuenta de que la pastorcilla de mis cantares era ella.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Mis lectores saben mejor que yo que mis versos de aquel período, aunque llenos de sentimiento, estaban mal estructurados. Los críticos de España y América me han tratado con benevolencia, refiriéndose a aquella época de mi carrera literaria como "la época de

formación".

Lo que no saben ni unos ni otros es que aquellos tiernos poemas los inspiró precisamente Eloisa, la pastorcilla ama zona por quien tantos me preguntan ahora. y de quien he decidido, por fin, hablar con claridad.

Fue la misma Eloisa que se vio envuelta en aquella fatal coincidencia, sin culpa suya La que llegó a Tarrazú, en su yegua melada, con la valija de sus ropas en un caballo de carga, y con el fardo de sus penas en el fondo de su alma.

La misma que eligió para adornarse el cabello las rojas florecitas del cubá, y encontró consuelo en mis rimas juveniles, y logró desviar mis épicas inclinaciones hacia otros, más románticos jardines.

*Hace muchos, muchos años,
de Tarrazú en la región,
una pastora vivió,
cuyo nombre siempre fue,
sin su deseo*

*Eloisa la del Sesteo.
Y aquella pastora será,
por una extraña afición,
recordada muchos, muchos años,
de Tarrazú en la región,
mientras los montes se adornen cada año
con las hojas y los ramos del cubá.*

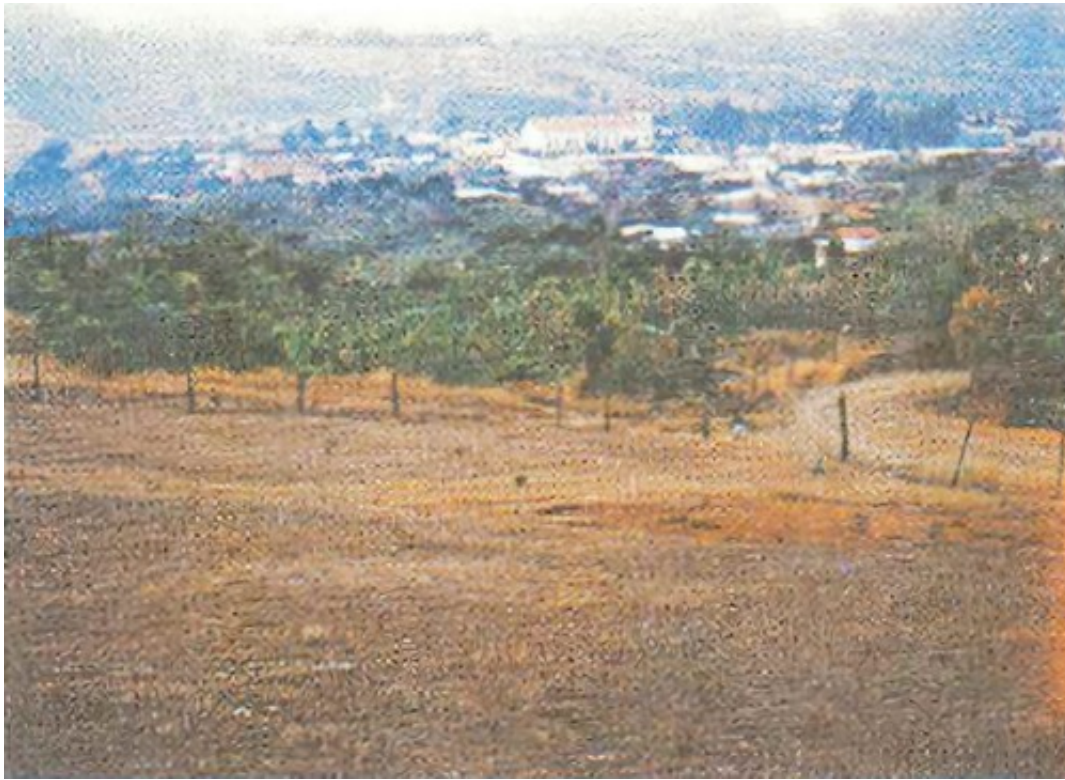
*Porque nunca en muchos años,
de Tarrazú en la región,
otra pastora lucirá,
en su pecho y en sus sienes,
las guirnaldas del cubá
como Eloisa la del Sesteo.*

Dicen que Shakespeare tenía la virtud de mejorar todo lo que plagiaba. Este poemita mío, que hacía llorar a Eloisa, supersensible, fue mejorado mucho, años más tarde. cuando lo plagió no sé quien en inglés, bajo el nombre de "Annabel Lee".

A veces venía también a Frailes con el Padre un señor de Copey, de apellido Solano, que

tenía una hija casada en San Marcos y otra al lado allá del Cerro de la Muerte.

Eloisa lo llamaba Solanito, y simpatizaba con él por sus inevitables descripciones de la rústica vereda de a pié, el Paso del Cerro, que seguía después del camino de carreta, desde el Copey hasta el resto del Sur del país.



Quince kilómetros más allá del río Tarrazú está San Marcos.

Por aquella estrecha vereda cruzaba Solanito los témpanos de Las Vueltas y de la Muerte dos o tres veces al año, sirviendo de baquiano a los viajeros y ayudándoles a llevar la carga al hombro

Pareciera que esta historia de Eloisa y sus pesares, y de los cuentos de Solanito, es también, por asociación de ideas. la Historia de Dos Caminos. Mejor dicho, la Historia de Un Camino dividido en dos mitades diferentes: la primera parte. desde la Capital hasta el Copey, era ancha, de 2 a 3 metros, con paso cómodo de carreta. aunque fuera entre el barro o el polvo; la segunda mitad era un humilde trillo de a pié que seguía a continuación, siempre hacia el Sur, yendo especialmente al lugar que hoy se llama San Isidro de El General. o de Pérez Zeledón.

Las dos mitades del Camino del Sur representaban dos etapas en la formación de un país en aquel tiempo. Donde no hubo nunca paso. una picada de a pié por las montañas significaba un gran adelanto. Una trocha de carreta era el máximo progreso imaginable.

Solanito vivía precisamente en el punto donde el camino carretero desembocaba en la estrecha vereda de seguir a pie. o a veces con bestia de carga. El hombre estaba tan consciente de su posición geográfica. cual si desde allí dominase el Estrecho de Gibraltar, entre el Atlántico y el Mediterráneo.



San Isidro de el General en 1933

Los muchachos llegaron a llamarlo Donde Yo, porque siempre que se hablaba de la Ruta del Sur, Solanito comentaba: de donde yo para adentro la cosa se pone seria. Con dificultad pasa bestia ensillada. Hay que ver que las fincas con camino de carreta. como ahí donde yo, valen mucho. En cambio, de donde yo para allá ninguna vale nada. ¡Con todo y lo caros que se han puesto ahora los terrenos. con tantas ventas de propiedades a gentes de afuera. que ya un pobre ni comprar su pedacito puede!

En efecto. de la plazoleta del Copey en adelante, pasando por el Cerro de la Muerte y siguiendo hacia el Sur en dirección a los Valles del Río General y el Río Pacuar y la Península de Osa, el camino estaba todavía en los tiempos de los trillos de danta.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX



De la plazuela del Copey en adelante el camino estaba todavía en los tiempos de los trillos de danta.

Eloisa disfrutaba también cuando yo mismo, tratando de distraerla porque parecía pensar en algo triste, tal vez en Guatemala. le hablaba de un viaje que hice de muchacho. mucho antes de irme a Frailes. Tuve el privilegio de pasar el Cerro de la Muerte a pié, con tres compañeros mayores. descalzos. y con dos bestias de carga.

Hicimos cuatro jornadas de 15 a 18 horas cada una, desde el final del camino de carreta en la finca de Solanito en el Copey, subiendo y bajando el Cerro. hasta el puro centro de San Isidro. que era entonces un potrero medio plano y sin cercar. con un higuerón viejo, tres palmas de coyol que no echaban coyoles, cinco ranchos pajizos (uno grande, con trapiche de palo y con una media pulpería) y una iglesita de tablones de ira-rosa labrados al hacha.

Durante el trayecto tuvimos que bajar el aparejo y la carga de las bestias varias veces, y pasarlos a la espalda, como hacían todos los viajeros. Porque la zanja que servía de trillo estaba ya honda y angosta de tanto sufrir el desgaste de las lluvias, y a los lados estorbaban los raigones de arrayán y de encino, retorcidos.

Decían los generaleños: el día que pase carreta por el Ce rro de la Muerte, el General será rico ... ¡ Pero eso no lo veremos nunca!

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX



Por aquella estrecha vereda cruzaba Solanito los témpanos dos o tres veces al año.

A tres mil metros sobre el mar, donde la lluvia es generalmente escarcha, se encontraban en la Vereda del Sur, en tres cerros lejanos u no del otro, tres albergues, o descansaderos, de cuatro por ocho varas, con techo de palmilera, construidos por gobiernos progresistas para que los viajeros no pasaran la noche a la intemperie.

Pero en la enana vegetación del páramo, la leña para encender fuego y calentarse era húmeda y escasa. Algunos pernoctadores, compungidos, sintiéndose casi como caníbales, desesperadamente arrancaban las varillas redondas del bahareque de las paredes y las quemaban. Pronto los terrones del relleno caían al suelo, abriendo bocarones al viento frío y a los granizos

Por aquella inhóspita pasada del Cerro traían los generaleños sus cerdos arriados. dejando allá arriba la mitad de su peso.

¡Peor suerte tuvieron siglos atrás los elefantes de Aníbal. en el Paso de San Gotardo!

Por aquella inicua vereda llevaban de regreso los pobres pioneros a la espalda, la sal y la ropa del año, los fósforos, las medicinas, la Pomada Canaria para el pasmo, la Esencia Coronada por si nace una criatura, y el Almanaque de Brystol, que tan buenas recetas

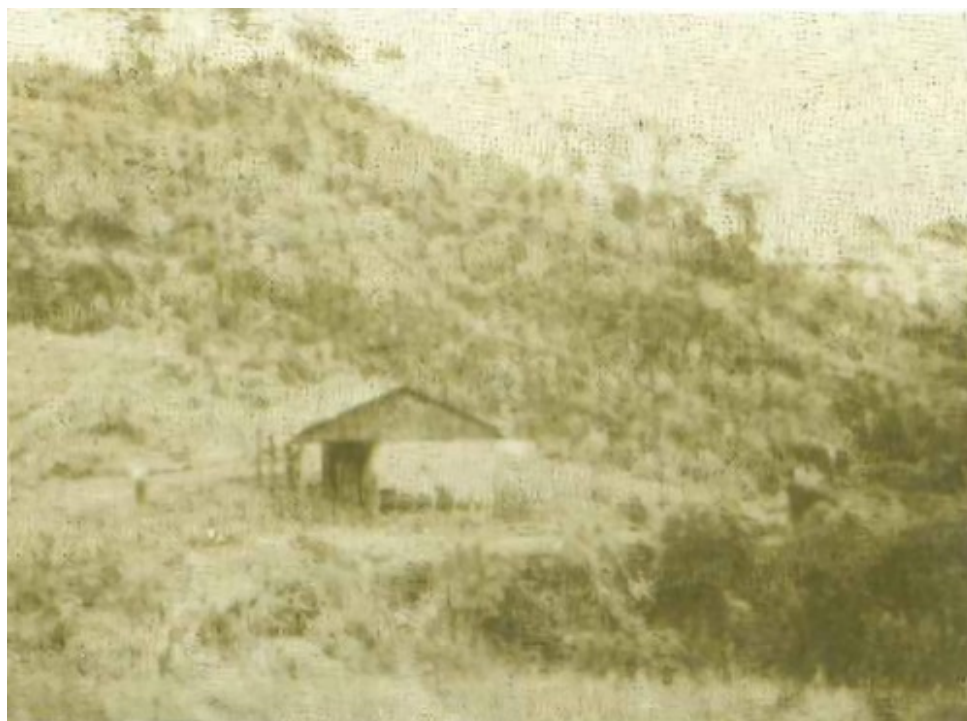
tenía.

De la plazoleta del Copey en adelante el camino estaba todavía en los tiempos de los trillos de danta.

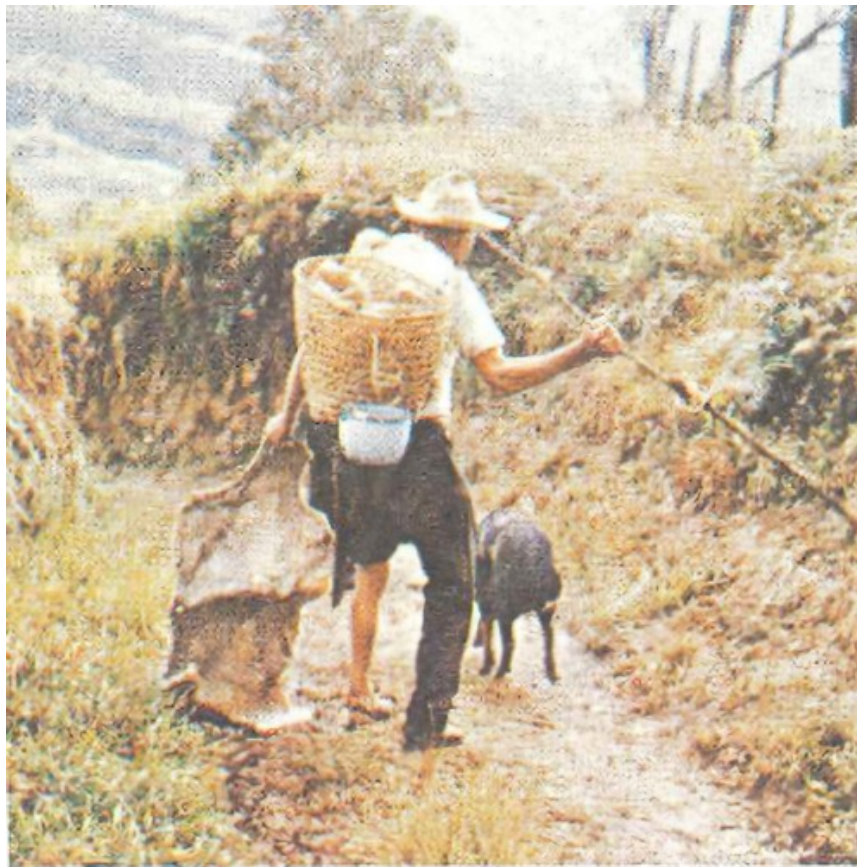
Según aquellos estoicos pobladores, nadie que tuviera vergüenza debía subir o bajar el Cerro "escotero", es decir sin carga al hombro.

El jabón y las velas las hacían ellos mismos allá adentro raspando el sebo de los animales que mataban.

¡Las candelas de sebo alumbran poco!, comentaban los labriegos; (Oh!, los labriegos bondadosos del mundo, generalmente olvidados. siempre explotados, y nunca amados!), ni parecidas a las de parafina, que son caras pero iluminan todo el rancho como si fuera de día. Pero de por sí, decían consolándose, no es bueno acostarse después de las siete. Dejándoles agua en la tinaja, las mujeres se levantan a moler el maíz a las cuatro, mientras los hombres afilan el machete, y ligerito amanece. De por sí allá donde nosotros ninguno tiene reloj. Y al fin hace falta, no crean. ¡Al fin hace falta en un pueblo un reloj! Ya varios lo hemos dicho. ¿Será que uno se acostumbra a los lujos, y después le hacen falta?



A tres mil metros sobre el mar, donde la lluvia es escarcha, se encontraba el albergue.



Traían los generaleños sus cerdos arriados dejando en el cerro la mitad de su peso.



Al fin hace falta en un pueblo un reloj.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Todavía en aquellas condiciones de viaje y de vida, en época tan reciente como la Gran Depresión de los años 30 se trasladaron al Sur centenares de familias campesinas de las zonas cafeteras centrales, buscando qué comer en las tierras libres de los valles lejanos. Niños y gallinas famélicos viajaban en brazos de hombres y mujeres harapientos. No todos sobrevivían los hielos del Cerro.

A cada rato se oía decir en las haciendas y en los pueblos. se fueron los López, se van los Herrera; dentro de cuatro o cinco semanas viene Herminio, que fue primero a hacer rancho, y vuelve para llevarse la familia. antes de que dé a luz la mujer.

¡Quienes vivimos aquel éxodo inhumano, varias décadas después sentimos todavía ganas de llorar!

En cambio nos queda un recuerdo impresionante: la solidaridad con que los pobladores ya establecidos allá abajo, en las tibias vegas de los ríos, recibían a los recién llegados. entumecidos por la escarcha del Cerro, y los sostenían con maíz y frijoles y arroz de sus trojas escasas, mientras sus primeras siembras les daban cosecha.

Para el hombre del campo de Costa Rica, que poco sabe de movimientos bursátiles, la Gran Crisis Mundial fue un tiempo de increíble penuria y retroceso. Yo moriré recordando aquellos años. En un mundo de banqueros y bolsinistas internacionales, donde había abundancia de todo, pero no se podía comprar ni vender nada. ni conseguir trabajo, por falta de "liquidez" (que no se come) los expertos financieros recomendaban prudencia, y sobre todo estabilidad monetaria Entre tanto, el hambre cundía .

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Para los Incas, el Sol; para el pescador el Mar y para los nómadas la Luna. Hay hombres y pueblos cuyas vidas giran alrededor de un ser inanimado. A veces "el Río" es el eje de la tribu. Para los negritos de Mark Twain, el Mississippi; para los chinos del Norte de la China, el Yang Tse, y para los boteros de "broncíneos cuerpos sudorosos" que hicieron su festín en el cuerpo de Doña Bárbara, jovencita, el Orinoco.

Para nuestros labriegos del Sur en época de Eloisa, el héroe era 'el Cerro'. La relación especial entre el Cerro de la Muerte y Solanito se debe tener presente, para entender las

circunstancias que rodeaban a Eloisa y determinaban su conducta. Los rumores a que dio origen aquella conocida coincidencia se disiparían, si pudiésemos oír hoy dialogar a la joven delicada y fina con el rústico baquiano y con su Cerro.

Porque Solano llegó a amar a la amazona con tanto respeto como al Cerro. Y el día que descubrió que a su heroína le gustaba escuchar versos, se echó una copa de alegría. se volvió hacia el Cerro de la Muerte levantando la mirada, alzó un brazo tieso primero y otro después. como recitan los niños de la escuela, y declamó su saludo, su poema:

*Yo vengo de esa montaña,
y nada sé recitar;
pero a beber guaro de caña,
naide me puede ganar.
Yo soy Antolín Solano,
el que nunca aprendió a leer;
pero soy el mejor baquiano
que en el Cerro puedan ver*

*En el Cerro de la Muerte
una yegua se perdió;
y como naide la encontraba,
¡Solanito fue y la halló!
Cuando mi suegra se muera,
desde el Cerro me oirán llorar;
porque el gasto de la vela
a yo se me va a pegar.*

*Ya con esta me despido,
porque el Cerro se nubló.
Mis disculpas a usted pido,
porque naide me alumbró.*

Eloisa quedó enternecida, recordando que una mujer pobre de San Pablo, que solía traerle begonias y calas. le había contado una vez, con aire de misterio, y casi de temor, que Antolín era un gran poeta.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX



En el Cerro de la Muerte una yegua se perdió.

Por los libros conocía Eloisa, mejor que Antolín Solano, las tragedias que aquella Vereda del Sur había visto.

Por ahí había pasado hacia el destierro político, a principios de siglo, don Pedro Pérez Zeledón, hombre recio y creador, cuyo nombre lleva hoy el lugar. De paso dejó en Santa María un gran discípulo, oriundo del Cantón de Desamparados y pionero de Dota, a quien yo alcancé a conocer y a estimar: don Emigdio Ureña Zúñiga.

Ambos varones de estirpe de Plutarco fundaron miniculturas aisladas en los vallecitos remotos que se anidan entre las altas montañas de la región para protegerse de los vientos helados.

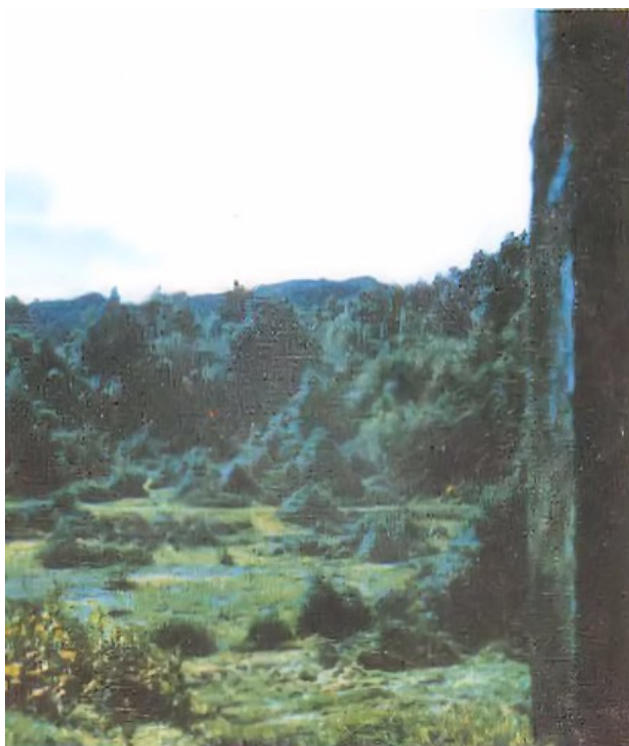
Por ahí había pasado hacia la muerte don Rogelio Fernández Güell, héroe de las letras y las armas de una época histórica, con sus siete compañeros de revolución democrática.

Los alcanzaron comiendo sandías a la sombra de un targuá, junto a una quebradilla de las planicies de Buenos Aires, y allí los masacraron.

Por ahí habría de pasar algún día majestuosamente la Carretera Panamericana, con rumbo decidido a Panamá, culebreando entre cerros y honduras con adusto menosprecio del romance y de la historia.



Por allí pasó al destierro Pedro Pérez Zeledón.



Por allí pasó hacia la muerte Rogelio Fernández Güell.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Volvamos al Alto de Frailes, y pongamos orden a nuestra narración sobre aquella coincidencia que aún despierta la curiosidad y la malicia de las gentes.

En el patio de la casa vieja de bahareque de caña brava donde se instaló el telégrafo, las basuras se habían acumulado durante muchos años, creando en aquel terreno lavado un islote de gran fertilidad. Mis siembras, y las malas yerbas, se veían crecer. Ya he dicho que Eloisa, siempre literaria, llamaba aquel patio mi Huerto de Cándido

A pesar de la altura del lugar, que pasa de los 1600 metros, sobre aquella capa de humus se desarrolló coposo un árbol de güitite, producto de alguna semilla que algún payarito sembró. La chayotera, que es la vaca del pobre, se enredó en las ramas del güitite sin necesidad de barbacoa, y daba de comer todo el año; cuando no quelites, chayotes celes o sazones, o raíces

Una vez (y esto tiene gran importancia por los problemas que a Eloisa le causó, años después) el salpique de la pila de lavar hizo nacer en tiempo seco varios granos de cubá que vinieron en las barreduras de la casa. Yo les ayudé a trepar por los bejucos de chayote, les estuve echando agua todo el resto del verano. y los ví crecer y vestirse de flores rojas cuando todo era sequedad alrededor.

¡Milagro! Sin querer había descubierto el milagro de la agricultura de riego, que no depende de las lluvias ni de las estaciones del año. Y mucho antes de los meses de Junio y Julio. que son los de vendimia, coseché cubaces tiernos bajo el puro sol de Abril

Pero guardé todo el verano mi secreto, pensando dar una sorpresa a algún amigo al llegar la cosecha. Cuando se vive en el campo se tiene más conciencia del almanaque y de las estaciones seca y lluviosa, al igual que de las fases de la luna.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Para el agricultor del café, y para el hombre de campo en general, el primer aguacero del año es una bendición del Señor. La tierra está seca y resquebrajada. Las matas en pito esperan el agua para abrir la flor. Millares y millares de chicharras piden lluvia con sus graznidos, y hasta el polvo del camino espera con ansia que le aplaquen la sed.

Aquel domingo tostado de Abril se vino sobre Frailes la primera lluvia del año,

tempranito, acabando de salir la misa. A nadie tomó de sorpresa, porque durante más de una semana habían estado cantando los yigüirros.

Sobre el zinc herrumbrado del telégrafo se oyeron primero gotitas, después chorros y finalmente cataratas. El Padre y sus compañeros metieron las bestias al corredor de la casa, que tenía techo de teja, y entraron a escampar a la sala, o sea la oficina del telégrafo. Con ellos entró Eloisa.

El olor a tierra mojada nos embriagaba a todos. ¡Pobrecita la gente que no sabe lo que son en el campo los primeros aguaceros! Pierden los mejores días del año. Les pasa como a los ricos que, según Fray Luis de León, por un caprichoso dormir pierden la flor de la vida, que es la mañana.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX



El Padre y sus acompañantes metieron las bestias al corredor, y entraron a escampar a la sala del telegrafo. Con ellos entró Eloisa.

La caída de la lluvia sobre el techo de zinc sin cielo raso, y la presencia de aquella amazona entre un grupo de jinetes robustos, listos para el viaje, creaban en el ambiente de la sala un clima romántico especial. Algo extraño se respiraba allí.

La escena que tuvo lugar aquella tarde, nada nos dice sobre la célebre casualidad que tantas personas me piden que explique, pero sí es reveladora del pequeño mundo en que

Eloisa se movía. Conocer aquella escena, puede contribuir a la mejor comprensión del carácter de la joven. Por eso la describiré toda a continuación. Tenga paciencia el lector.

A mí me dio aquel semi-mareo por evocar el conocido episodio de la Reina Abeja de las colmenas. rodeada de machos en celo, cuando decide ponerlos a todos a prueba y se eleva en su vuelo nupcial. y sube y sube por las nubes, más arriba y más arriba, y cada vez menos zánganos la pueden seguir. y menos y menos, hasta que uno sólo, el más vigoroso. el que ha de transmitir mejor las virtudes del enjambre y de la raza, en la discreta soledad del cielo le da alcance. la vence, la fecunda y muere

Don Anselmo, que se jactaba de ser oriundo de San Ramón, soltó la primera chispa en la atmósfera cargada, gritando ¡bomba!

*Que linda se ve Eloisita
cuando hay flores de cubá.*

*Me viene una tentacioncita
que es una barbaridá*

*Qué linda la niña está,
con sus ramos de cubá;
y yo, lo feo que me veo,
junto a Eloisa la del Sesteo.*

Pronto me dí cuenta de que los amigos del Padre eran un grupo de trovadores criollos. Comprendí por qué viajaban juntos. Antes del radio y la televisión. se formaban en los pueblos esos conjuntos poetizantes, especialmente dados a las parodias de poemas conocidos, aunque también improvisaban algunas coplas, como los viejos trovadores de antaño

Yo había escuchado antes algún otro grupo de tales recitadores, y adiviné que aquella tarde tendríamos versos para largo. ¡Pobres de nosotros, pensé! Pero, repito, no se puede conocer bien a Eloisa sin escuchar pacientemente aquel coloquio, producto de su tiempo y de su medio

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Mientras la Reina Abeja parecía aletear en el aire de la sala, los zánganos que la

rodeaban hicieron desfilas toda una gran literatura. a su manera, profanando a veces a Sor Juana Inés de la Cruz y a varios clásicos laicos, y en ocasiones hasta versificando a Zaratustra.

El barbero del centro de Heredia se limpió los grandes anteojos y comenzó a parodiar.

*Viejas necias que acusáis
a la joven sin razón,
sin ver lo falsas que son
las razones que nos dáis.*

*Queréis con presunción necia,
hallar en la que envidiáis,
si ella es sincera, Tais,
si es hipócrita, Lucrecia.*

*Pues ninguno es de culpar,
aunque digáis que mal haga,
ni el que peca por la paga,
cuando sabe disfrutar,
ni el que paga por pecar,
cuando no elude pagar.*

El Señor Alcalde, aunque no venía todos los domingos a Frailes porque tenía expedientes que estudiar, mientras repasaba la carta de don Carlos María, resultó ser miembro también de la bohemia versificante, y hasta lector o autor de alguna distorsión de Omar Khayam:

*Nada que puedan las damas
con reales del amor comprar,
se pudiera comparar
con el goce encantador
que nos brindan al amar.*

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

De sorpresa en sorpresa íbamos. La copla del Padre Mata fue filosófica y rebelde. Nada menos que Nietzsche habló por él:

*Eros fue siempre bello y vigoroso;
la moral le dio a beber
un enjundia venenosa,
y aunque Eros no murió
en vicio se convirtió.*

El barbero, sin comprender la gravedad del cuarteto del cura, volvió a bajar la finura del coloquio:

*¡Qué alta que está la luna,
y el viento que la menea;
nada habrá que nos desuna, Eloisita
¡mi dulce Dulcinea!*

Bien versifica Maese Nicolás, dijo el Padre por cortesía, Y entonces Eloisa. la Reina Abeja que no formaba parte del Conjunto de Trovadores de San Marcos. pero tenía su propia afición literaria, y a menudo leía en Frailes conmigo las onomatopeyas de Darío, descargó la mayor sorpresa de la tarde cuando empezó a rimar sus reminiscencias rubenianas:

*¡Los bárbaros, Francia
los bárbaros, cara Lucrecia!
¡Los bárbaros moralizados,
que tu alma pagana desprecia!*

*¡Los que inventaron los pecados,
y creen con presunción necia,
sin ver que los despreciáis,
que está la virtud de Lucrecia
en amar menos que Tais!*

*¡Los prosaicos escuderos
que envenenaron a Eros,*

*como simples majaderos,
y hoy nos hablan de pecados,
como tontos, despreciados!*

*Los que pecan sin rubor,
porque nada saben de amor,
pero mucho saben, cara Lucrecia
de vulgar concupiscencia.*

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Los zánganos parecieron no darse cuenta del reproche de la Reina, que volaba siempre hacia lo alto, y la aplaudieron, y la siguieron más arriba

Aquello recordaba a los grupos de trovadores y mariachis mexicanos cuando, reunidos en el casco de la hacienda, entablaban verdaderos duelos verbales sobre amores heridos, siempre en rimas improvisadas. Por contraste, el Coloquio de Frailes era mansito, muy a la tica.

El Párroco salió a respaldar a Eloisa:

*Es limpia el alma pagana.
Si a escoger me llaman de repente,
me quedo con el alma gitana,
diga lo que diga la gente.*

Y Eloisa le dio ánimo para que volara aún más alto, parafraseando ella también a Martí:

*Si dicen que del joyero
tome la joya mejor,
al hombre franco prefiero;
y no al de falso rubor.*

*Si tomo al hombre sincero,
tomo la joya mejor.
Me quedo con el que es fiero*

y sabe hacer el amor.

Yo me puse a pensar que aquellos hombres de poco quehacer seguramente practicaban con frecuencia sus parodias a la luz de la candela, en las noches marqueñas de lluvia y de frío, mientras la pobre Eloisa, solita en el Bajo, con la madrina sorda y bien dormida, se resignaba con leer los versos míos.

Eso pensé porque el Alcalde, al oír a Martí tergiversado, prosiguió con gran facilidad.

*Cultivo la rosa blanca
en Junio como en Enero,
para el amigo sincero,
que me trae la mujer blanca.*

*Y para el vil que me arranca,
de la mujer que yo quiero,
cardos y orugas cultivo,
y afilo mi arma blanca.*

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX



Un buen camino de carreta era el máximo progreso.

Cómo llegó a Heredia el lírico Shelley, el amigo de Lord Byron, mal traducido o plagiado, no se ha podido saber todavía, Pero sin duda pasó de Heredia a Tarrazú por conducto de Maese Nicolás, a juzgar por su siguiente canturreo:

*Yo no sé si en tu alma hay pecado.
No lo sé, ni lo quiero saber.
Sólo sé que yo siempre te he amado,
¡como quiera que seas, mujer!*

¡Repita eso, señor barbero!, le gritó Eloisa emocionada. cual si le hubiese tocado una fibra sensible. Repita esa cosa tan bella! ¡Tan bella y tan justa! ¡Y generosa!

Pero entonces intervino el Señor Cura, que parecía saberse de memoria todas las piezas del repertorio. Intervino, recitando su propia traducción de la segunda estrofa de Shelley. a quien el barbero probablemente no había oído nombrar:

*Tú me brindas cariño en el buen tiempo;
yo te daré mi apoyo en fa tormenta.*

*Así sabrás de verdad lo que siento,
en esta lucha tan cruel y tan cruenta.*

¡Cómo le gustaban a Poe. el esteta sentimental. esos gestos nobles de Shelley ! Esa lealtad que trasciende la supuesta falta, y encuentra belleza en lo que llama la gente el pecado, y nada sabe de culpa, ni quiere saber.

¡Cómo había de necesitar Eloisa esa nobleza en la tormenta futura, cuando su alma pagana y sincera se enfrentase al veneno vulgar, decidida a no permitir que convirtiesen a Eros en pecado y en vicio!

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Con tan inocentes parodias y originalidades se terminó por el momento el concurso, cual si la persecución de la Reina se hubiese dejado para más tarde, tal vez para la noche. sin decidir aún cual zángano la montaría, como potra de nácar (si hemos de seguir los

plagios) sin bridas y sin estribos.

Pero había llegado otro momento. Viendo que la lluvia amainaba, me llevé al Padre al patio de atrás de la casa, mi Huerto de Cándido, según decía Eloisa, y allí le revelé mi secreto.

-¿Ha oído usted hablar del milagro de la agricultura de riego? le pregunté.- Yo la he estado experimentando durante varios meses. Consiste en sembrar al revés, de cara al verano, y estar regando los siembros. Suceden cosas extraordinarias. ¿Ha visto usted alguna vez cubaces tiernos en Abril?

Hoy desgrané las primeras vainicas. Llévese unos granitos como primicia.

Y se los dí en dos bolsas de papel de dos libras. usadas, impresas por fuera: Chocolates El Gallito. Esas bolsas eran comunes en el campo en aquel tiempo. En la pulpería de Misael las empleaban para todo.

Al acercarme al Padre noté que estaba mal afeitado. Tenía una barba dura, como un cepillo de arreglarse el pelo. Se había venido de San Marcos sin rasurarse. Pocos hombres entonces se afeitaban todos los días.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX



No le dejábamos todo el trabajo a los bueyes.

Ya he dicho que tendríamos versos para rato. ¡Paciencia! Cuando volvimos a la sala, Eloisa parecía cansada de su papel de Reina Abeja. Y más se cansó cuando don Anselmo y Antolín Solano, que resultaron ser compañeros de románticas giras culturales por aquellos campos montañosos, entablaron el siguiente diálogo rimado:

Solano:

*-Yo me miro y no me veo,
y me tiento sin sentirme
cuando viene a consentirme
¡Eloisa la del Sesteo!*

Don Anselmo:

*Si me miras, yo te miro,
si me mueves, te meneo;
si suspiras, yo suspiro
¡oh Eloisa la del Sesteo!*

Solano.

*Cuando olvidas, te recuerdo;
cuando mientes, yo te creo;
cuando besas, yo te muerdo,
¡oh Eloisa la del Sesteo!*

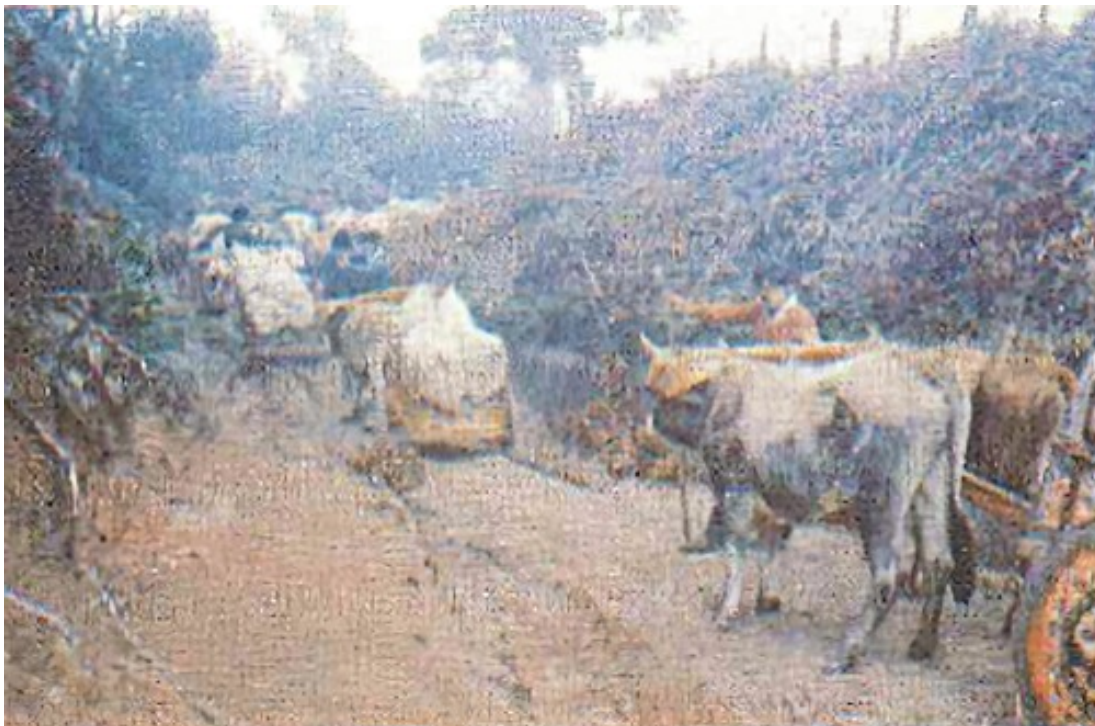
Eloisa, siempre discreta, se despidió afablemente. Se puso la capa de hule y montó a caballo en el corredor, con la ayuda del Padre, siempre caballeroso, que la levantó por el brazo izquierdo.

Una hora después se fueron de mi casa don Anselmo y los demás poetas. acompañantes del Señor Párroco. Varios agentes viajeros salieron de la pulpería de Misael por detrás, y se juntaron a la cabalgata. Tenían que visitar aún los comercios de San Pablo, San Marcos y Santa María, y algunos el Copey.

El sacerdote se quedó bastante tiempo más. como solía hacer muchos domingos. Visitaba algún enfermo, o consolaba algún vecino adolorido. Cuando volvió para despedirse de mí, comenzó a llover otra vez. -Quédese, Padre, le dije - Quédese a la noche. Hoy sale temprano la luna. O quédese a dormir, y cenamos juntos con cubaces tiernos.

Pero el Señor Cura tenía que decir misa en San Marcos por la mañana tempranito. Se echó la capa encima y se fue bajo la lluvia. ¡Qué hombre!, pensé yo, ¡Qué santo! Los fríos que va a pasar en los ventoleras del Abejonal. Menos mal que va sin rasurarse, porque esas agujillas filosas de la barba, que parecen un cepillo de arreglarse el pelo. lo protegen bastante contra el viento y la llovizna

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX



Desde Plaza Viquez hasta Copey la carga se manejaba cómodamente en carreta.

Quedé solo en la casa del telégrafo, y anocheció. La lluvia. en vez de mermar, recrudeció. ¡Extraordinario aguacero para el mes de Abril! Las chicharras habían exagerado sus plegarias y Tatica Dios les hacía caso.

¡Pobre Padre Mata!, pensaba yo, ya en la cama, calentito y un poco desvelado, Irá subiendo a estas horas La Cuesta, tan larga y empinada, y resbalosa Irá subiendo.

subiendo, caracol tras caracol, desde el Sesteo hasta el Alto de San Francisco, que está a un lado de la cúspide más elevada del Abejonal. ¡Dios me acompañe al padrecito!

El silencio de la noche parecía más profundo por el ruido de la lluvia. Recordé una vez más que el Alto de Frailes es una Mesopotamia: una tierra entre dos ríos. En el hondurón del lado Norte, el Río Candelaria, hoy Santa Elena, casi no se oía. No estaba crecido. En cambio el Tarrazú, en el bajo del Sur, tronaba. Había llovido fuerte más arriba, por El Jardín, hasta con rayos, y el río bajaba furioso.

Rodaban las piedras hacia abajo, ¡cutucún, cutucún, cutucún!, pareciendo empeñadas en redondearse como bolas. Embestían a las rocas fijas, y perdían aristas, y se pulían. Miles y miles de choques, amortiguados y confundidos por la atmósfera y los ecos, subían hasta Frailes como un trueno continuo, como un rugido sin fin que saliera del fondo de aquel cráter.

Mientras tanto, la madrina serni-sordita dormía. Dormía y roncaba, acurrucada en el último cuarto del fondo de la casa. porque prefería estar allá lejos, cerca de la cocina, según Eloisa contaba

¡Pobre Eloisa!, me decía yo sin poderme dormir. ¡Estar sin compañía en esta noche de tempestad! Estar solita allá en el Bajo, junto al río, enfurecido, oyendo rodar las piedras por los canchales, viendo relampaguear el cielo por las rendijas de puertas y ventanas y tabiques, y sintiendo caer a cántaros la lluvia sobre las tejas!

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Más que de compasión, me invadió un sentimiento de ternura.

Deseaba que estuviéramos juntos, juntitos, dándole yo mi valor y compañía, y ella dándome su dulzura y su fa

Yo le recitaría los versos que tanto ánimo le daban, al sentirse incomprendida. Ella soltaría otra lágrima, y yo comprendería. ¡Oh, la elocuencia de una lágrima en el silencio!

*Ven, reposa en mi seno,
mi pobre pastorcilla herida;
aunque sufras de todos la huida,
contigo estaré siempre con ánimo sereno.*

*Jamás me verás temer,
Jamás me oirás lamentar;
contigo habré siempre de estar,
aunque deba por ti, el veneno apurar,*

*A qui está para ti la sonrisa
que ningún nubarrón podrá ocultar;
y un brazo fuerte y un corazón siempre tuyos,
dispuestos, por tí, a morir y matar.*

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX



Antes del puente, el Tarrazú se llevaba a veces la carreta, los bueyes y el boyero.

Pero, ¿qué pensarían, Lucrecia, los bárbaros moralizados que tu alma pagana desprecia?
¿Los que dieron veneno a Eros y no lo mataron, pero en vicio lo convirtieron?

Me revoloteaban en la cabeza, ¡pobre poeta!, las ingenuas parodias e improvisaciones de la tarde. Eros, vigoroso y bello, convertido por la moral en un pecado. Las viejas necias, moralizantes, que critican por envidia. La gitana limpia y pura. que ama sin pecar ni ser hipócrita.

Comencé a rozar la almohada con la barbilla, y noté que yo también estaba mal afeitado, como el Padre Mata. Seguí rozando de un lado a otro, de arriba a abajo, despacito, con fruición, murmurando y formando en la almohada un hoyo tibio. Un hoyo tibiecito, como si el contacto y la fruición lo calentasen. ¡Oh, la ternura! ¡Oh, la caricia! ¡Oh, el roce tibio de aquella barba con aquella almohada! ¡Oh, mi maestro de la cámara lenta y amorosa, mi Marcel Proust!

De pronto cerré los ojos, y vilos de Eloisa en el fondo de la almohada. Rítmica mente me oí a mi mismo repitiendo con rapidez: ¡los bárbaros moralizados que tu alma pagana desprecia! Luego más y más de prisa, que tu alma pagana desprecia, que tu alma pagana desprecia! Sentí una descarga eléctrica que me bajó por el espinazo, y después, no sé cuánto después, repetí muy despacito, que- tu al ma - pa -ga – na – des - precia... y me fui quedando dormido, inmóvil, boe4 abajo sobre la alrnohada.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX



¡Quién lo ve tan mansito en verano!

-A la madrugada sonó el telégrafo llamando a Frailes, Me levanté tuturuto a contestar, y me trasmitieron de la Capital un mensaje marcado urgente". En la jerga del oficio. Destinatario, el R. P. Abelardo Mata. Señas, San Marcos de Tarrazú. Otras señas, pasa los domingos en Frailes, Lugar de origen del telegrama, Guatemala, Guatemala.

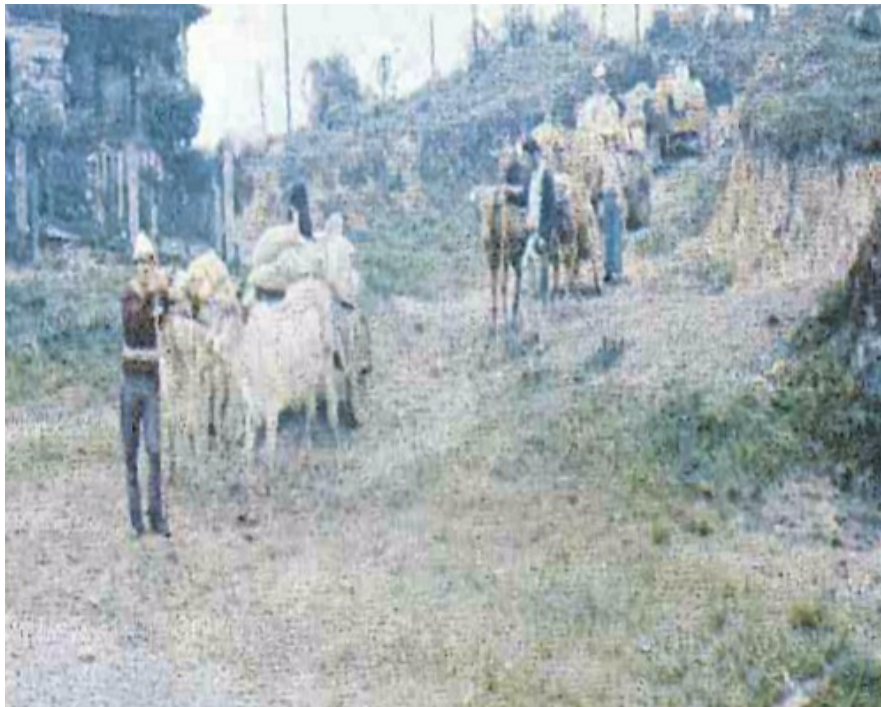
Llamé a San Marcos y no contestó. Pero a las 6 de la mañana obtuve respuesta. -Tengo un telegrama urgente para el Padre Abelardo. dije por medio de la rnanípula. -No está aquí, me contestó el colega, también en Morse; pero no tardará en llegar. El Padre se queda los domingos en Frailes, y duerme en la Sacristía. Deja la bestia amarrada, con pasto picado, y mañanea a ensillar. Sírvasse pasarme el mensaje para cuando llegue el Señor Cura,

¡Santo varón!, pensé yo. Seguramente prefiere viajar de madrugada. ¡Es tan agradable ver salir el sol después de una o dos horas de jornada I Dice que se va de noche para no comprometerme a darle cena y hospedaje! Se levanta a en sillar solito, y se va sin tornar café. ¡Santo varón!

El telegrama de Guatemala era muy corto: Nuestro querido Rector ha fallecido. Firma: Angel Malen, Presbo.

Recordé que el Padre Malen era amigo del Padre Mata, y había venido tiempo atrás a visitarlo. Lo llamaba por primer nombre, y de ahí resultó que también Eloisa le dijese a veces Abelardo. El Padre Malen, bromeando, hacía alusiones a la famosa relación epistolar, medioeval, entre E/oisa y Abelardo.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX



No hay como sestar en un buen llano.

Amaneció el lunes con sol claro, la cara de la tierra lavadita y fresca, sin polvo y con aromas puros.

A media mañana llegó Eloisa a Frailes en un caballo mosqueado que andaba probando al pasitrote. cuesta arriba, con visible alegría del corazón. No había hecho sus compras el domingo_ por la celebración del primer aguacero con las famosas parodias, y tuvo que volver el lunes.

La joven venía radiante. Al contrario de lo que yo pensaba, la tempestad de la noche la había embellecido. ¡Más bien era yo el que estaba añejo y trasnochado!

Eloisa saltó de la bestia de un brinco. apoyando ambas manos en el pico de la montura, sin usar el estribo. Me acerqué a saludarla, y a meter el caballo de diestro al corredor. Su. rostro estaba más rosado que nunca. Seguro por causa del airecillo frío de la mañana, que punza la cara con mil agujas filosas, sus pómulos y sus mejillas se veían maltratados, cual si hubiese pasado la noche frotándolos con el cepillo de arreglarse el pelo.

Le voy a confiar un secreto: un secreto de varios meses, me dijo, entrando a la cocina. Ha oído usted hablar del milagro de la agricultura de riego? Yo he pasado el verano experimentando en silencio con unas matas de cubá payar que nacieron solas junto al itabo, y después las regué constantemente. Ahora tengo cubaces verdes y le he traído unos pocos para que los pruebe. ¡Imagínese, cubaces tiernos en Abril!



El padre no quiso quedarse a cenar cubaces tiernos. Se echó la capa encima y se fue bajo la lluvia.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

¡Esta fue la gran casualidad de que tanto se habló después! Como si dos personas no pudieran tener una misma idea, y ponerla en práctica al mismo tiempo, sin comunicarse nada. Como si eso no hubiese pasado cien veces en la ciencia, y en la literatura, y en los presentimientos del corazón humano!

Eloisa sacó de la alforja una bolsa de papel usada. de dos libras, llenecita, y la puso en mis manos con indecible dulzura. Yo la tomé y la abrí: ¡cubaces tiernos! ¡Cubaces Tiernos en Abril!

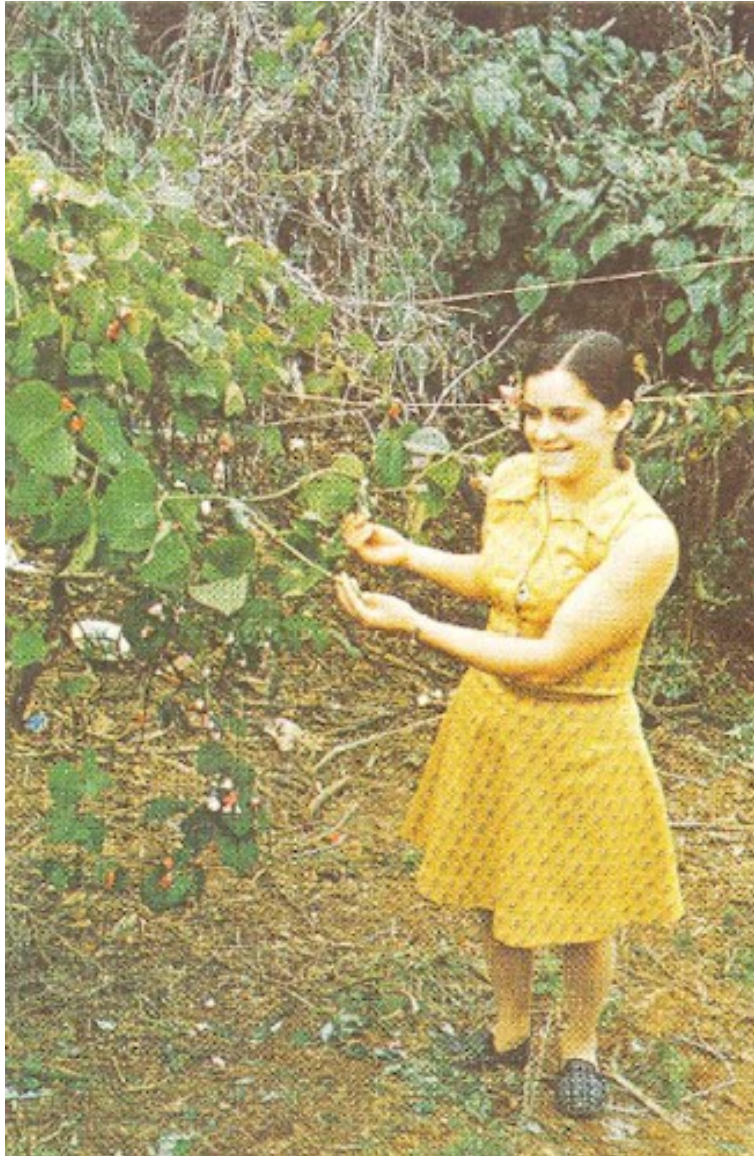
¡Qué gran coincidencia, mi dulce Eloisal, exclamé. Yo también he estado experimentando sin contarle a nadie durante los meses secos, con unos granitos de cubá que nacieron solos junto al güitite, Cómo me place, linda criatura, que coincidamos en esta afición tan singular, y en esta buena suerte!

Bien diría el Dr. Panglós a Cándido, ¡pobre Cándido!: esta es la más feliz de las coincidencias imaginables, en el mejor de los mundos posibles!

Al tomar la bolsa de papel leí por fuera: Chocolates El Gallito. En aquel tiempo eran

muy comunes en el campo las bolsas usadas del Gallito, En la pulpería de Misael las empleaban para todo.

Esto es lo que yo sé. Cada cual juzgue por sí mismo. Yo tengo la conciencia tranquila. Seguiré cultivando con riego mi Huerto de Cándido; venerando la memoria de Eloisa la del Sesteo, la que llegó a Tarrazú en su yegua melada, con la valija de sus ropas en un caballo de carga y con el fardo de sus penas en el fondo de su alma. Y seguiré cosechando en abril cubaces tiernos.



¡Imagínense cubaces tiernos en abril!

FIN

Textos y fotomecánica de "Exelsior de Costa Rica S. A."

Impresión de "ICAR"

Coordinación de

GONZALO SOLORZANO GONZALEZ

Primera Edición: Setiembre de 1975

Segunda Edición. Mayo de 1976

San José Costa Rica

Edición digital por CRM para EDEL